

# De los mercados a los bibliófilos. El libro de viejo a principios del siglo XX

Sebastián Rivera Mir

**E**n 1938, un periodista recorrió La Lagunilla en busca de la opinión de los libreros de viejo sobre qué leían los mexicanos. Uno de ellos, Justino Fernández, casi un anciano, instalado en la calle de Honduras, le respondió unas palabras que podrían aplicarse a casi todo el siglo XX: “... ya nadie lee”. Pero el periodista insistió y el librero fue menos escueto en sus respuestas. Los compradores de La Lagunilla preferían las aventuras de Rocambole, Los Pardaillan o Los tres mosqueteros. “Hay algunas cocine-ritas –añadía– que vienen aquí por su *Epistolario del amor*, donde hay cartas de todos los estilos: las de agradecimiento, las de nostalgia, las de dolor, las de despecho... Una vez vino una joven del pueblo que me pidió un libro donde hubiera una carta de odio. Me resistí a ofrecerle nada, y por último le vendí un ejemplar de Werther de Goethe, que es todo, menos odio”.<sup>1</sup> Al final de la nota el periodista

---

1 “¿Qué se lee en México?”, en *La Voz de México*, 13 de octubre de 1938, p. 5.

reconoce que dejó la tienda llevándose bajo el brazo un ejemplar del *Epistolario del amor*.

Pero, ¿por qué un librero de viejo sería en aquellas fechas alguien capacitado para responder qué leían los mexicanos? No se trataba sólo de la ausencia de encuestas o censos, de la carencia de anuarios bibliográficos o la falta de tino del reportero en cuestión. Algo posicionaba a estos personajes como mediadores entre el mundo editorial y los lectores. La función de los libreros de viejo no se limitaba sólo al acto comercial de intercambio. Al contrario, podríamos adelantar que eran, al igual que en la actualidad, mucho más que simples vendedores de una mercancía. En las primeras décadas del siglo xx, cumplieron una función cultural asociada a la difusión del impreso, orientando lectores, ofreciendo textos discontinuados, generando sus propias publicaciones o manteniendo en diálogo extemporáneo libros de diferentes épocas y contextos. De ese modo, han complejizado y enriquecido nuestra bibliodiversidad, lo que finalmente los transforma en una pieza clave para responder qué leen los mexicanos.

En las siguientes páginas se vislumbrarán tres coordenadas que nos pueden ayudar a comprender la importancia de las librerías de viejo en el México del periodo. En primer lugar, es necesario caracterizar a los sujetos implicados. Reconocer quiénes fueron estos libreros es útil para comenzar a valorar los alcances del esfuerzo cultural y comercial desarrollado por estos agentes. De igual modo, como acto reflejo, esbozar la figura del librero mexicano también permite trazar algunas líneas tenues que reflejan a los lectores y a los consumidores de libros.

Después de esta revisión, se profundizará en los lugares que ocuparon las librerías de viejo. Sus ubicaciones no fueron azarosas durante el siglo xx y conjugaron una serie de impulsos provenientes del ámbito cultural, del mercado inmobiliario, de las condiciones económicas, de las directrices políticas, entre otras variables. Abrir una librería de viejo en determinada zona fue también un acto que acom-

pañó a los procesos urbanos de modernización. Mientras las ciudades crecieron, ciertos espacios se especializaron, otros fueron perdiendo su importancia, de modo que las librerías de viejo estuvieron en un diálogo constante con lo que sucedía en las ciudades.

Finalmente, el tercer apartado de este capítulo corresponde a los límites de las librerías. Sin perder de vista que su principal preocupación siempre ha sido la comercialización de libros, es necesario también detenerse en las diversas actividades que se desarrollaron a partir de estos espacios. Centros de sociabilidad, casas editoriales, lugares de memoria, gestores culturales, tiendas para coleccionistas, son sólo algunas de las funciones que desarrollaron a lo largo del siglo xx. Nuevamente, la intersección de estas iniciativas tampoco fue azarosa y nos permite, a contraluz, esbozar la figura del lector/comprador/bibliófilo que recorrió estos lugares.

## *De librereros adivinos*

En un ensayo publicado en 1986 por la Librería El Prado en su trigésimo octavo aniversario, Gabriel Zaid se preguntaba hasta qué punto los librereros actuaban adivinando los gustos y placeres de sus compradores. En muchos casos, a su juicio, los librereros actuaban como agentes de compras, bajo su propio riesgo, para los consumidores asiduos a sus locales.<sup>2</sup> Adivinar era parte fundamental del negocio, algo que los actuales implicados suelen todavía reconocer como una de sus principales características.

Aunque más allá de todo el esoterismo o la mistificidad que rodea a las librerías de viejo, otro aspecto que suelen exhibir los librereros contemporáneos en entrevistas y reportajes periodísticos, es la capacidad de moverse

---

2 Gabriel Zaid, *¿Adivinos o librereros?*, México: Colección de Amigos de la Librería El Prado, 1986.

con facilidad en el mundo de la cultura. Es indispensable no sólo conocer sobre escritores y poetas, sino todos los elementos que rodean al libro, como tipografías, editoriales, los requerimientos de estudiantes y académicos, los “errores” que hacen valiosa alguna edición, los ilustradores, los grabadores, los *ex libris*, y un largo etcétera. Su vinculación con la cultura no ha sido tangencial, como el lugar que parecieran ocupar en las actuales encuestas de lectoría; al contrario, su buen desempeño como articuladores entre la demanda y la oferta de libros ha pasado por su inmersión en la cultura mexicana.

Esta figura del librero comenzó a construirse y complejizarse en los primeros años del siglo xx y se proyectó a lo largo de toda la centuria. Artemio del Valle Arizpe escribió con dedicación sobre dicho periodo: “[...] por esos tenderetes, por esos pintorescos baratillos; ahí Ramírez, el Meneses, el Navarro, el Jenarito, el Curiel, el indio zapoteca Juan López, provocando siempre la polémica con los versillos y las leyendas que les ponía a las estampas, el gordo Ángel, Felipe Teixidor, acucioso y gentil camarada, unos limpios, otros cochambrosos, pero todos encareciendo con habilidad su mercancía”.<sup>3</sup>

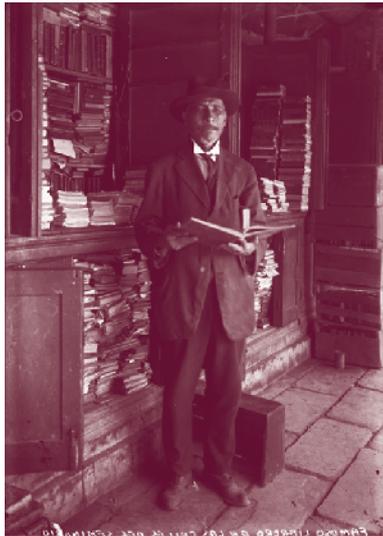
Los nombres mencionados por el escritor conectaban el pasado siglo xix con los libreros protagonistas de la siguiente centuria. Por ejemplo, encontramos a Juan López, cuya raíz zapoteca no era casualmente mencionada por Del Valle Arizpe, ya que este librero liberal y masón, instalado en el mercado del Volador, se jactaba de su participación política junto a su paisano Benito Juárez. Genaro Estrada también recuerda que López aprovechaba todo grabado, cromo o litografía conservadora o religiosa para anotarle alguna frase controversial.

Si este librero destacaba sus raíces decimonónicas y anticlericales, otro de los mencionados, Enrique Navarro,

---

3 Artemio del Valle Arizpe, *Don Victoriano Salado Álvarez y la conversión en México*, México: Editorial Cvltvra, 1932, pp. 11-12.

dueño de la librería que llevaba su apellido, comenzaba a abrirse un espacio en medio de las disputas del siglo xx. Navarro se convirtió en uno de los principales difusores de libros para la izquierda mexicana y su negocio fue un centro cultural para exiliados republicanos, para socialistas y otros militantes. Además, desde fines de la década de 1920 impulsó algunos proyectos editoriales como Ediciones Frente Cultural, que llegó a distribuir libros y folletos de marxismo a lo largo de toda América Latina.



Juan López, librero de viejo. Foto Archivo Casasola. INAH ©5464

Pero en esos años, a quien se consideraba el patriarca de los libreros de viejo fue a Agustín Orortiz, porque, como en todo gremio, las jerarquías entre unos y otros se desplegaban de manera ineludible. Su trayectoria coincidió con la mayoría de sus colegas capitalinos. Sus primeras armas en la compra y venta de libros las hizo en provincia, específicamente en Puebla, desde donde se trasladó a la Ciudad de México (Navarro había llegado desde Michoacán y López desde Oaxaca). En 1896 se

instaló a un costado del Sagrario Metropolitano, espacio denominado en aquel entonces Paseo de Las Cadenas, pese a que éstas habían sido retiradas algunos años atrás. Desde ese lugar, logró moverse a la Calle del Esclavo (la actual República de Chile) con Donceles, ahora a una tienda menos precaria. Su acervo fue tan relevante, que las bibliotecas de Harvard, del Congreso de Estados Unidos y de la Universidad de California, compraron partes a sus herederos después de que murió en 1933.<sup>4</sup>

A diferencia de Orortiz o Juan López, la mayoría de los libreros del periodo no llegó a tener esta notoriedad. Benita Galeana, militante comunista durante los años treinta, dejó un testimonio sobre un librero inserto en las luchas políticas, pero no mencionado por otros cronistas ni bibliófilos. Emilio Arias tenía un puesto de libros en el Mercado Hidalgo y fue un activo participante de las movilizaciones, las huelgas y las reuniones del comunismo local. A pesar de usar muletas, participó en los violentos enfrentamientos que estos militantes tuvieron con los camisas doradas, de filiación fascista. “Sucede que como seguido íbamos al Mercado Hidalgo a hacer mítines cerca de su puesto, él había escuchado todos nuestros discursos y se había convencido”,<sup>5</sup> recuerda Galeana. Para los militantes de la izquierda, el libro y, por lo tanto, el mundo editorial, fue parte sustancial de sus actividades, a tal grado que muy difícilmente podemos separar ambas prácticas en la vida cotidiana de estas personas.

En términos generales, la vinculación con la política, emprendida por algunos de manera directa, y por otros a partir de la difusión cultural, ha sido parte de cierto compromiso social que los libreros asumieron en este periodo. Esto también tiene que ver con la asociación que muchas veces se hizo entre el libro, la lectura, la educa-

---

4 Pereira, Armando (coord.), *Diccionario de literatura mexicana: siglo xx*, México: Ediciones Coyoacán – UNAM, 2004.

5 Galeana, Benita, *Benita*, México: Lince Editores, 1990, p. 137.

ción y las mejoras sociales y políticas. El carácter ilustrado y modernizador que José Vasconcelos, como secretario de Educación, dio a la circulación y difusión de libros, fue parte de un movimiento cultural más amplio y que incluyó de manera especial a los libreros mexicanos.

Pero no todos los libreros respondieron a un plan estructurado o proyectaron sus librerías como un ejercicio profesional. Por supuesto, en muchas ocasiones esto fue el resultado de una conjunción de factores azarosos e inesperados. Antonio Caso y Efrén Hernández, por ejemplo, pusieron una librería por las condiciones económicas en que se encontraban.<sup>6</sup> Enrique Ramírez y Ramírez, Ignacio León y Carlos Rojas Juanco, militantes comunistas, pasaban por un costado de la Librería Porrúa y vieron que un pequeño bodegón se rentaba muy barato. A su juicio, estaba perfecto para vender libros de lance (nombre que recibían los viejos o aquellos dados de baja por las editoriales), así que en un par de semanas ya tenían abierta su propia librería.<sup>7</sup> Ejemplos de este tipo podemos encontrar a lo largo de todo el siglo xx, aunque en muy raras excepciones estas iniciativas se mantuvieron en el tiempo.

El reconocimiento que llegaron a tener algunos de ellos, pese a que sus tiendas eran pequeños estancos en el Volador o en algún otro mercado, los hizo no sólo ser objeto de los fotógrafos afamados de la época, sino aparecer en la prensa y formar parte ineludible de las crónicas urbanas, género que se fortalecía cada vez más a medida que la ciudad se volvía más extraña para sus habitantes. Veamos ahora cómo se desplegaron a través de la ciudad.

---

6 Henestrosa, Andrés, *Personas, obras, cosas*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, p. 31

7 Bataille, León, *Memorias de un forastero que pronto dejó de serlo (México: 1931-1946)*, México: El Día en Libros, 1987.

## Los lugares

Hasta el momento hemos mencionado algunos lugares en los cuales las librerías se establecieron: el Mercado del Volador, La Lagunilla, el Mercado Hidalgo, a un costado del Sagrario. Sin lugar a dudas, las librerías estaban situadas en los centros de consumo de la ciudad. Junto a los artículos de primera necesidad, como hortalizas, frutas y pulque, se podía encontrar la oferta de libros, folletos, cromos e incluso partituras musicales.

Esta relación entre la cotidianeidad y los materiales impresos fue también percibida por José Vasconcelos, quien impulsó que las bibliotecas dejaran de ser lugares ceremoniosos y solitarios y se convirtieran en recintos “abiertos” al público, como los gabinetes de lectura privados. En algunos casos estas directrices hicieron que algunas bibliotecas se instalaran en plazas, mercados e incluso simplemente afuera de las oficinas gubernamentales.



Puesto ambulante del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública. Foto Archivo Casasola. INAH ©27862

Para comprender el desarrollo de las librerías de viejo, es necesario mencionar el esfuerzo vasconcelista, que fue quizás uno de los planes estatales más importantes respecto a la expresión de la cultura. Si bien la década de conflicto armado había impactado en los procesos

culturales mexicanos, a comienzos de los años veinte, la Secretaría de Educación Pública financió una serie de proyectos que ampliaron no sólo la cantidad de lectores, sino que fortalecieron los distintos aspectos del mundo del libro. Desde las imprentas hasta los escritores, pasando por las editoriales y especialmente por los centros de estudio, se vieron beneficiados con estas medidas. Según Fernando Peñalosa, la cantidad de librerías en México pasó de 80 en 1912 a cerca de 200 en 1925. Mientras que en la Ciudad de México en particular de 17 pasaron a 39 (sin contar las más de treinta editoriales que también vendían libros).<sup>8</sup> Los libreros de viejo abrevaron de estos procesos, no sólo aumentando sus acervos, sino que expandiendo la cantidad de clientes potenciales, incluso algunas entidades como la Librería Cicerón apuntaron directamente a producir libros de texto para el creciente mercado. Pero antes de ver esta diversificación, quedemos en cómo impactó esto en la distribución espacial de las librerías.

Quizás el lugar que más llamó la atención de los cronistas del periodo fue el Mercado del Volador. Ubicado donde hoy en día se encuentra la Suprema Corte de Justicia de la Nación, a unos pasos del Zócalo, conjugaba las librerías con las tiendas de antigüedades y el abasto de frutas y verduras. En este lugar, los domingos eran días especiales. Las tiendas abrían a las 8 de la mañana. Primero desfilaban los expertos anticuarios buscando las novedades a buen precio. Después comenzaban a llegar los compradores y visitantes, para concluir la mañana con un grupo de contertulios que aprovechaban el paseo más para socializar y conversar sobre libros que para hacer alguna compra. Genaro Estrada nos dejó algunas crónicas donde se advierte la vivacidad de este espacio: “Los domingos, las librerías se extienden en mesas anexas, en las cuales se amontonan las colecciones de

---

8 Peñalosa, Fernando, *The Mexican Book Industry*, New York: The Scarecrow Press, 1957.

La Ilustración Francesa, los argumentos de óperas y los folletos sobre agricultura, industria y comercio [...] Los anaqueles, el mostrador, los pilares, todo es aprovechado en las barracas de los libreros, para la exhibición de muestras y enseñas. Sobre el muro exterior, cordeles paralelos sostienen bandas de las materias más disímiles [...] Prendidos a un cordel, en el que se sostienen con pinzas de madera para ropa, están los cuadernos de La Novela Semanal. En hilera, sobre el mostrador, autores españoles y mexicanos [...] luego, unos tomos de Darío, de las obras completas, con autógrafo del niño Rubén Darío Sánchez y, destacando su nota naranja, otros de la colección La Cultura Argentina”.<sup>9</sup>

Pero el recorrido del estudiante, del lector por placer o del bibliófilo, no terminaba en el Volador. Otro mercado a unas cuantas cuadras, también acaparaba (como lo hace hoy en día) la atención de los consumidores de libros de viejo: La Lagunilla. Acá las tiendas eran aún más precarias, y los libreros estables se mezclaban con las personas que, obligadas por necesidades coyunturales, ofrecían todo tipo de artefactos y antigüedades. Nuevamente, las descripciones nos conducen al día domingo, pues como buen ritual de consumo, la compra de libros también tiene sus momentos y pautas. El periodista mencionado al principio de este artículo, también dejó sus apreciaciones sobre La Lagunilla: “En este mercado, difícilmente transitable los domingos en que de todas partes de la ciudad acuden compradores, hay varios libreros que tienden sus mercancías sobre modestos papales, y que acaso ignorándolo, prestan un gran servicio realizando libros que muchas veces no se encuentran ya en las librerías. Una necesidad urgente, una deuda inaplazable, obligan a los dueños de libros a venderlos por precios mínimos en los

---

9 Estrada, Genaro, “Pedro Galín”, Estrada, Genaro, *Obras completas: Poesía, narrativa, prosa varia, crítica, arte*, Vol. 1, México: Siglo XXI Editores, 2004, pp. 146-147.

puestos de viejo. Y a ellos acuden estudiantes pobres para ver si encuentran el texto de medicina que les hace falta, o el de álgebra, o el libro de versos que no es posible localizar en ningún otro sitio de México".<sup>10</sup>

Hacia fines de la década de 1920, con la desaparición del Volador, pero también con los procesos internos de las librerías y con la crisis económica en ciernes, se modificó el escenario. La especialización de algunas, sumada a la ampliación de sus acervos, implicó que un pequeño estanquillo en el mercado no fuera suficiente. Se requería la solidez de un lugar para las incipientes maquinarias, pero también la estabilidad climática para las bodegas y aunque fuera un espacio pequeño para las reuniones de colaboradores y dependientes. Enrique Navarro, César Cicerón, entre otros, pasaron sus librerías-editoriales del Volador a la calle Seminario, a un costado de la Catedral. Otros se mudaron hacia Puente de Alvarado, Hidalgo, o San Cosme, calles que conectaban los barrios residenciales con el centro de la ciudad y por las cuales se desplazaban numerosos transeúntes.

La calle Donceles, cercana tanto a la Universidad Nacional, ahora autónoma, como a la Escuela Nacional Preparatoria, también comenzó lentamente a recibir a los libreros de viejo. En esta última, Nicolás Casillas se instaló a mediados de la década de 1930, dando paso a una de las familias más importantes en el rubro actualmente. De ese modo, esta calle, que había sido conocida por sus actividades productivas como muebles o cordobanes durante el virreinato y el siglo XIX, se consolidó como el lugar de las librerías de viejo dentro de la Ciudad de México.<sup>11</sup>

---

10 *Op. cit.*

11 Este proceso de centralización también ha afectado de diversas maneras a otras ciudades mexicanas, así encontramos la calle López Cotilla de Guadalajara. Lo mismo sucede en la calle Matamoros de Aguascalientes, donde los libreros ofrecen incluso ejemplares del siglo XVIII. En Querétaro, entre las calles de Ezequiel Montes y Pasteur, se han establecido siete librerías de

## *Los límites de las librerías*

Hemos dejado para el final algo que muy posiblemente el lector esté preguntándose desde hace ya un buen rato: ¿Qué era una librería de viejo en las primeras décadas de siglo xx? De hecho, en los párrafos precedentes hemos abierto algunas ventanas sobre las actividades que llegaron a realizar este tipo de entidades. Si su principal característica fue vender libros de viejo (esto también lo hacían algunas librerías convencionales, aunque en menor medida), también incorporaron a sus prioridades casi todas las actividades relacionadas con el mundo del impreso.

En la lista que nos propuso Artemio del Valle Arizpe, citada unas páginas atrás, encontramos el nombre de Felipe Teixidor. Quizás sea un buen modo de entrar a esta temática, ya que fue librero, editor, escritor, bibliógrafo, traductor y académico. “El Murciélago” se llamó su puesto de libros en el Volador durante los años 20 y daba cuenta de sus actividades noctámbulas, pero también de cierta apuesta cultural vanguardista un tanto desapegada de librerías que solían simplemente llevar el apellido de su dueño. A principios de los años treinta aprovechó sus conocimientos sobre la materia para escribir uno de los primeros catálogos bibliográficos del siglo xx.<sup>12</sup> Del mismo modo fundó su editorial recuperando la misma denominación que su librería. Sus actividades se desarrollaron tanto entre las cuatro paredes de su negocio, como en centros de estudio, dependencias gubernamentales, parques públicos o las calles ciudadinas.

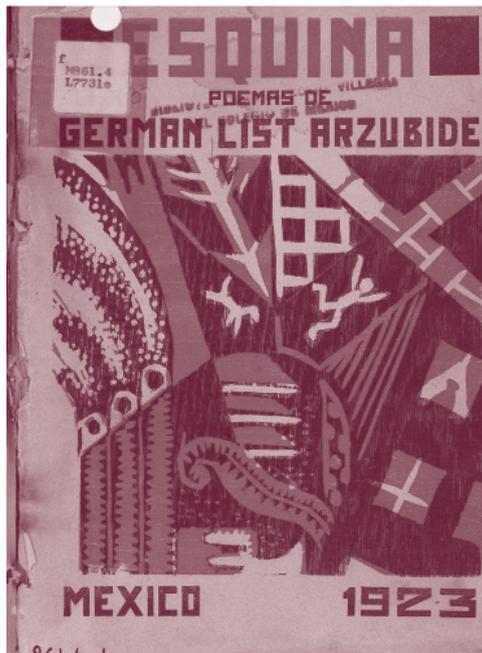
Esta capacidad de desdoblarse que tuvieron los libreros fue importante para la actividad libresca y cultural del México posrevolucionario, pues si bien hemos dado

---

viejo, algunas oriundas del lugar, otras instaladas por antiguos libreros de la Ciudad de México.

12 Teixidor, Felipe (comp.), *Anuario bibliográfico mexicano de 1931*, México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1932.

algunas cifras halagüeñas, de todas maneras los espacios y recursos eran limitados. La relación entre movimiento cultural, librería y editorial se plasmó en el apoyo a grupos tan importantes como, por ejemplo, los estridentistas. Gracias a la relación entre la librería de César Cicerón y el grupo conformado por escritores, pintores, grabadores y artistas de la vanguardia posrevolucionaria (Manuel Maples Arce, Arqueles Vela, Germán List Arzubide, Fermín Revueltas, Leopoldo Méndez, entre otros), las calles de la Ciudad de México se llenaron de su manifiesto inaugural. De igual modo, sus primeros libros aparecieron bajo el sello de la librería, mientras que la revista que los aglutinó, *Radiador*, llevó en la portada su dirección para que los interesados supieran dónde comprar los ejemplares.



Portada *Esquina*. *Poemas de German List Arzubide*, México: Librería Cicerón, 1923.

Esta relación fue recíproca y Fermín Revueltas, a la par que trabajaba junto a Diego Rivera, hizo un pendón para la librería, el cual colgaba desafiante en el exterior de local ubicado en Madero 56. Las instalaciones sirvieron para las exposiciones del grupo y para sus tertulias cotidianas.

En la década de 1930, cuando los estridentistas ya habían fundado su propia editorial en Xalapa, la Librería Cicerón, ahora instalada en la calle Seminario, decidió emprender un nuevo proyecto editorial, aunque esta vez relacionado con los ejemplares de texto para los estudiantes universitarios. En la actualidad, los libros de texto conforman más de 80 por ciento de los libros que se producen en México. En aquel entonces jugaban un papel determinante y más complejo para la sobrevivencia de las editoriales y librerías. Los libros de texto en las décadas de 1920 y 1930, correspondían al mercado más estable dentro de la industria editorial. A diferencia de la literatura, de la poesía, de las artes o de la pornografía, este tipo de productos poseía consumidores que se veían obligados a comprarlos año tras año. Aquellos descartados por un estudiante solían entrar nuevamente al mercado a través de los libreros de viejo. Y otra variable que impactaba en este comercio era que además estaba fuertemente relacionado con las compañías internacionales. Muchas veces los libros creados en México con esta finalidad eran discriminados por los consumidores, que los consideraban de menor calidad que uno proveniente del extranjero. Esto significaba que muchas librerías compraban directamente los libros de texto extranjeros, mientras que los nacionales sólo era dejados en consignación, con el consiguiente retraso del pago. De ese modo, la apuesta de algunos libreros-editores buscaba explotar un mercado consolidado, pero también implicaba el riesgo de un fracaso que llevara a la quiebra. La ventaja de los libreros de viejo comprometidos en este negocio fue precisamente su capacidad de diversificar sus actividades, de conocer a los compradores y, finalmente, poder reaccionar a las

tendencias del mercado lo más rápidamente posible. En estas tres características descansaron los límites de las librerías de viejo.

A modo de conclusión, me parece necesario enfatizar que los sujetos, los lugares y las prácticas asociadas a estas librerías durante las primeras décadas marcaron de cierto modo todo el siglo xx. Quizás revisando algunos ejemplares de la revista *Galera*,<sup>13</sup> relacionada con los principales librereros de viejo de la Ciudad de México, uno puede inmediatamente percatarse que su relación con la cultura continúa siendo tan relevante como su capacidad de comerciar sus libros. El rescate de autores olvidados, la recuperación de propuestas visuales tipográficas o grabados, la discusión sobre el carácter particular del libro –mercancía y, a la vez, producto simbólico–, y la experiencia de los librereros a fines del siglo xx y principios del xxi, son algunos de sus intereses.

Los esfuerzos de los librereros de viejo, desarrollados hace ya casi cien años, no han perdido vigencia. Al contrario, el actual crecimiento de las editoriales independientes, de espacios de lectura alternativos, de otros tipos de acercamiento al mundo del libro –ya no impreso, sino electrónico–, son también parte de aquellas iniciativas que buscaban impactar en la sociedad.

Finalmente, recuperar la historia y las experiencias de estos librereros de viejo nos ayuda a responder qué leían los mexicanos. Pero no sólo nos sirve para eso. A través de ellos y sus experiencias podemos conocer por qué un pequeño grupo de agentes culturales optó por el libro como un mecanismo para mejorar las condiciones sociales, políticas y culturales que los rodeaban.

---

13 Agradezco a Gabriela Cano por facilitarme algunos ejemplares de esta revista.

